

honor que se le debia como á Dios; de la misma manera en el cielo, no habiéndose despojado de la humanidad, intercede por nosotros como hombre y nos oye como Dios.

Octava XXXIII.

Rayos vibra, relámpagos rebota.

(8) Estando un dia Ezequiel en medio de los cautivos, á las orillas del rio Cobar, tuvo una vision en que se le apareció el Señor sobre un trono ó especie de carro, que salia de en medio del fuego, llevado por cuatro querubines sobre cuatro especies de ruedas. Este carro de Ezequiel imitó Milton en el carro del Mesías.

Octava XXXIV.

“Mirad, yo soy el último y primero.

(9) Ego sum alpha et omega principium et finis.
Apocal.

Octava XLI.

Al modo de oloroso, suave incienso,

(10) La oracion de los justos se representa en la Escritura elevándose al cielo como el perfume de los aromas. Así se dice en el salmo 140: *Dirigatur oratio mea sicut incensum in conspectu tuo.*

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Cirilo, la familia cristiana.—Demódoco y Cimodocea se reunen en una isla formada por la confluencia del Alfeo y del Ladonte, para oír al hijo de Lastenes la historia de su vida.—Principia Eudoro su narracion. A los quince años de edad va á Roma para servir de rehenes en lugar de su padre.—Descripción de Roma.—Contrae Eudoro amistad estrecha con Gerónimo, Agustín y el príncipe Constantino, hijo de Constancio.—Caractéres de estos tres personajes.—Eudoro es introducido en la corte.—Diocleciano, Galerio.—Corte de Diocleciano.—El sofista Hierócles, procónsul de la Acaya y favorito de Galerio.—Enemistad de Eudoro y de Hierócles.—Se entrega Eudoro á todos los desórdenes de la juventud, y olvida su religion.—Marcelino, pontífice romano, amenaza á Eudoro con la escómunion si no muda de conducta.—Escómunion lanzada contra Eudoro.—La corte va á pasar el verano á Bayes, casa de Aglae.—Conversacion de Eudoro, Agustín y Gerónimo junto á la tumba de Escipion.—Separacion de los tres amigos.—Sigue Eudoro á Constantino á su palacio de Tívoli.—Las catacumbas.—Aventura de la emperatriz Prisca y de Valeria su hija.—Eudoro es desterrado de Roma y enviado al ejército de Constancio.—Sale de Roma; atraviesa la Italia y las Gaulas.—Llega á Agripina sobre las márgenes del Rhin.—Encuentra al ejército romano dispuesto á entrar en campaña contra los Francos.—Sirve de soldado raso en los arqueros cretenses.

CANTO IV.

I.

En un valle de Arcadia retirados
Los Mártires futuros ignoraban
Que en el cielo estuviesen ocupados
De su suerte, y que atentos los miraban
Los Angeles y Santos admirados,
Y sus altos destinos contemplaban.
Así el Dios de Nacor se aparecía
A Abraham cuando menos lo creía.

II.

Apenas de las aves el gorgceo,
Saludando á la aurora, ha despertado
A Lastenes, del lecho de Morfeo
Se levanta y dirige apresurado
A gozar en la márgen del Alfeo
El aire fresco y puro, acompañado
De dos gruesos y dóciles lebreles,
Compañeros del hombre y guardas fieles.

III.

A este tiempo Cirilo paseaba
La risueña campiña, y de su ruego
El tributo al Eterno presentaba.
Los perros de Lastenes corren luego,
Y llegando al paraje donde estaba,
Brincando al derredor con vario juego,
Parecian rendirle vasallaje
Y ofrecer por su dueño el homenaje.

IV.

Después llega Lastén y respetoso
Da el saludo al Prelado venerable
Que le contesta grave y cariñoso.
Luego por la pradera deleitable
Dirigen su paseo, y con reposo
Conversan y contemplan de la amable
Sabiduría eterna los efectos
En seres tan variados y perfectos.

V.

Así el árcade Evandro condujera
A Anquises á los bosques de Peneo,
Antes que el bello Paris encendiera
Las iras en los hijos de Peleo;
O cuando el mismo Evandro recibiera
En la orilla del Tibre con deseo
Al religioso Eneas fugitivo
Huyendo las venganzas del Argivo (1).

VI.

El Homérída luego se incorpora,
Seguido de la jóven Profetisa,
Que aparece mas bella que la aurora:
Sus lábios entreabre la sonrisa
Como una tierna rosa que evapora,
Al blando movimiento de la brisa,
De sus cálices puros los licores
Envueltos en balsámicos olores.

VII.

El monte que domina la morada
De Lastenes, oculta en su pendiente.
Una gruta, mansion acostumbrada
De la paloma y tórtola inocente.
En esta cueva sola y retirada,
A ejemplo del humilde penitente
De Tebáida, las noches pasa Eudoro,
Consagrando á su culpa amargo lloro.

VIII.

En el muro la imagen se veía
Del santo aliviador de nuestros males,
Cuyo aspecto derrama la alegría
Y el consuelo mas puro en los mortales.
A sus piés en trofeo aparecía
Un grupo de coronas triunfales,
Insignias de victorias que obtuviera
Eudoro, y al Señor las sometiera.

IX.

El santo Mártir en su pecho nota
Cierta llama al incendio asemejada
Que fué causa fatal de su derrota.
El alma de temor sobresaltada,
Humilde mira al cielo, y con devota
Meditacion y súplica inflamada
El feudo del dolor á Dios tributa,
Y resuena en sus cánticos la gruta.

X.

Mas apenas la aurora ha disipado
Las tinieblas, el santo penitente,
El espíritu ya mas consolado,
Va á lavarse á la orilla de una fuente
Los rastros que en sus ojos han dejado
El curso de sus lágrimas ardiente.
Luego busca esconder en la llaneza
Del vestido su garbo y gentileza.

XI.

Descendiendo despues de la colina
Como guerrero armado y bien dispuesto,
Alegre hácia la casa se encamina
Cuando ve á la familia en el recuesto.
Llegando á donde están, su frente inclina
Saludando á sus huéspedes modesto,
Y ante el Obispo y padre se prosterna
Para obtener la bendicion paterna.

XII.

Luego se vió venir por la pradera
De sus tres hijas Séfora seguida,
Que á todos les saluda placentera.
Así toda la casa reunida,
El obispo de Esparta propusiera
La narracion á Eudoro de su vida:
El admite con gusto la propuesta,
Y á contentarles plácido se apresta.

XIII.

Poco lejos de allí, donde juntaba
Sus ondas el Ladon con el Alfeo,
Una isla pequeña se avistaba
Que parece nacer de su himeneo.
En ella el pastor árcade miraba
Los árboles que hicieran el recreo
De sus padres y cuartos ascendientes
Y harán el de sus quintos descendientes.

XIV.

Allí crece la encina de que hacia
Alcimedon (2) sus tazas de belleza
Singular, y el laurel que contenia
A Dafne aprisionada en su corteza (3):
Tambien se señalaba todavía,
Por tradicion antigua, con certeza,
La celebrada fuente de Aretusa,
Morada deliciosa de la Musa.

XV.

Para no ser la historia interrumpida
Por general acuerdo fué resuelta
A esta isla solitaria la partida.
Una pequeña barca en la revuelta
Del Alfeo flotaba á un tronco asida:
Un siervo de Lastén la marra suelta,
Y entrando en ella todos prontamente
Se abandonan del rio á la corriente.

XVI.

Demódoco admirando la destreza
Con que era la canoa dirigida,
Dice con cierta especie de tristeza:
“Arcadios! ¿qué es del tiempo en que el Atcrida
“Suplió con sus bajeles la rudeza
“De vuestros padres cuando, seducida
“La incauta esposa del valiente Griego,
“A vengarle marcharon todos luego?

XVII.

“Entonces ¡ah! surcando el elemento
“En que el hijo de Dédalo encontrára
“La pena de su osado atrevimiento,
“En los remos de Ulises ver pensára
“El Arcade sencillo el instrumento
“Con que Céres las parvas aventára (4).
“Mas ahora vosotros cual ninguno
“Braveáis los peligros de Neptuno.”

XVIII.

Así hablaba, y siguiendo el curso manso,
De la isla tocan la oriental ribera,
Y dejan el batel en un remanso.
Dos altares en ruina allí se viera,
Uno á la Tempestad, otro al Dios manso.
La fuente de Aretusa placentera
Brotó entre estas dos aras, y al Alfeo
Va á juntarse despues de algun rodeo.

XIX.

Nuestra pequeña tropa ya impaciente
Por escuchar la historia en el descenso
Se sientan del raudal de aquella fuente,
A la sombra que hacia el olmo denso,
Cuya copa doraba el sol naciente,
Un rato Eudoro se quedó suspenso
Para invocar al cielo, hacer memoria;
Luego empezó á contar así su historia:

XX.

“¿Que Griego no sabrá la desventura
De esta patria otro tiempo floreciente
Y ahora tan sin mengua y sin ventura?
En vano Filopémen (5) eminente
Romper propuso la cadena dura
Que en sus manos pesaba: ingratamente
Por premio la cieuta le presenta,
Justando al deshonor la nueva afrenta.

XXI.

“Mas su fama gloriosa permanece
Despues de cuatro siglos que han pasado,
Y á su nombre el Romano aun se estremece.
Bien sabeis que un decreto del Senado
Su descendencia ilustra y ennoblece,
Disponiendo que á Roma sea llevado
El hijo mayor de ella por rehenes:
Yo ocupé así la plaza de Lastenes.

XXII.

“Mi tercer lustro apenas bien cumplido,
A los lares paternos fuí arrancado
Y á la célebre Roma conducido (6).
Desde un valle de Arcadia trasladado
A la corte del mundo conocido,
No os diré el efecto inesperado
Que produjo en mi alma tan sencilla
El aspecto de tanta maravilla.

XXIII.

“Absorto y como en cierto arrobamiento
Vagaba sin cesar á toda parte,
Admirando tan bello monumento.
Del Foro iba al Pantéon, campo de Marte,
Cuartel de las Carinas, ó al momento
Subia al Capitolio en donde el arte
Compite con los ricos materiales
Y admira por sus formas colosales.

XXIV.

“¿Cuántas veces tambien he visitado
Esas Termas vistosas, adornadas
De Bibliotecas, Circo celebrado,
Las columnas de estátuas coronadas,
El soberbio obelisco trasladado
De Egipto, las hermosas balaustradas,
Las fuentes á que sirven de conductos
Magníficos y bellos acueductos?

XXV.

“Mi admiracion no menos escitaba
El confuso y variado laberinto
De esta Ciudad inmensa que encerraba
Naciones de carácter tan distinto.
El Galo y Africano allí moraba
Con el Griego y Germano en un recinto,
Y al Volsco y al Sabino se veia
Con el Cónsul que púrpura vestia.

XXVI.

“Mas en tanto que andaba distraido
Por Roma y sus contornos, admirando
Sus grandezas sin número, al olvido
Mi culto y sus deberes iba dando.
Al templo del cristiano aun no habia ido
Y el tiempo poco á poco iba borrando
Los consejos y avisos paternales
Y el gusto de las cosas celestiales.

XXVII.

“El retórico Eumenes que estudiára
Con Quintiliano, el Ciceron ibero,
Entonces la elocuencia profesára
Con gusto del Romano y estrangero,
Siguiendo sus lecciones, me ligára
Con amistad y trato el mas sincero
A los grandes Gerónimo, Agustino,
Y al Príncipe cesáreo Constantino.

XXVIII.

“De Panonia Gerónimo (7) nativo
Al talento mas bello reunia
Un carácter jocoso y genio vivo.
Del seno del retiro se le via
Entregado al placer, y siempre activo,
Siempre ardiente y sublime, parecia
Destinado á ofrecer en sí un efecto
Modelo de virtud ó vicio infecto.

XXIX.

“Agustino, igualmente apasionado
Y el hombre á pesar de esto el mas amable,
Junta á un ingenio agudo y delicado
La grandeza de aquel. Su alma inflamable
Solo espera quizas á un inspirado (8)
Orador que le arranque al miserable
Engaño de la secta Maniquea,
Porque el Platon de los cristianos sea.

XXX.

“Constantino, de ilustre descendencia,
Sus prendas mas le ilustran todavía,
La grandeza del alma y la clemencia.
Aunque pagano aun, se le advertia
Cierta gusto y notable preferencia
Por el culto cristiano; y parecia
En su aspecto magnánimo y guerrero
Los destinos llevar del mundo entero.

XXXI.

“Hijo del gran Constancio, le guardaba
En Roma como en réhenes Diocleciano.
Esta igüaldad de suerte nos ligaba,
Con lazo mas estrecho, y como hermano
El Príncipe cesáreo me trataba.
El quiso ser mi guia, y por su mano
En la corte romana me introdujo,
Y á las grandes tertulias me condujo.

XXII.

“A mi llegada á Roma, gobernára
Diocleciano por todo el hemisferio;
A Maximiano augusto proclamára;
A Constancio igualmente que á Galerio
Los títulos de César acordára:
Mas aunque en cuatro gefes el imperio
Del mundo dividido parecia,
Un dueño solamente conocia.

XXXIII.

“En prendas Diocleciano es eminente,
De alma grande, sagaz, maduro seso;
Mas su carácter débil é imponente
De su genio sostiene mal el peso.
De este fallo Galerio diestramente
Se aprovecha, y sintiendo el contrapeso
Que Constancio le hacia y Maximiano,
Alejarles de Roma logró ufano.

XXXIV.

“Mas el mismo Galerio es gobernado
Por un sofista bajo, despreciable,
Cuyo dolo y maldad le han grangeado
El favor de este César detestable.
No dudo habreis ya todos acertado
El nombre de Hierócles, pues no es dable
Que un hombre mas porverso jamás haya
Como el que ahora es procónsul de la Acaya.

XXXV.

“En la escuela de Eumenes le encontramos
Agustin, yo y Gerónimo: al instante
Su carácter protervo penetramos.
Un genio quisquilloso y petulante,
Un prurito de hablar en todos ramos,
Un tono fastuoso y arrogante,
Figura contrahecha y torva vista,
Os hacen el retrato del sofista.

XXXVI.

“Una injuria que de él yo recibiera,
Pues su altivez no mira en dar sonrojos,
Habiendo respondido de manera
Que le dejé confuso ante los ojos
De la corte y ciudad de Roma entera,
Me atrajo del valido los enojos.
Mi pérdida juró para vengarse,
Y el caso no tardó de presentarse.

XXXVII.

“Mas antes de contar como el artero
Sofista su venganza urdió maligno,
Hablaré de mi estado lastimero,
De compasion, mas no de envidia, digno.
El romano Pontífice primero
Movido de piedad, dulce y benigno,
El celo de su amor me prodigaba,
Por sacarme del mal en que me hallaba.

XXXVIII.

“¿Cuántas veces, paseando en la ribera
Del Tiber, como un padre, me tenia
Tierno y fuerte discurso que pudiera
Convertir otra alma que la mia?
¡Fatal indiferencia! en vano era
Su celo para mí; antes sentia
En las cosas sagradas mas disgusto
Y en las profanas mas placer y gusto.

XXXIX.

“Lo diré con rubor, rompiendo el freno
Del pudor que hasta entonces me ligaba,
A tal punto llegó mi desenfreno
Que su suerte al idólatra envidiaba.
De ideas de placer mi pecho lleno
Por las fiestas de Adonis suspiraba,
Las florestas de mirtos y laureles
Y los torpes misterios de Cibeles.

XL.

“El santo Marcelino proseguia
Su aviso paternal, mas advirtiendome
Que el amor y blandura no servia;
Por los demas cristianos atendiendo
Que con mi pravo ejemplo corrompia,
Los fieles en la iglesia reuniendo,
Tres veces me amonesta y me conjura
Y por último lanza la censura.

XLI.

“No explicaré, Señores, la indecible
Sensacion que en mi alma produjera
Ceremonia tan grande y tan temible.
Jamás, no, jamás, aunque quisiera,
Olvidaré el aspecto tan terrible
Con que el prelado augusto apareciera
Cuando el rayo lanzó del exorcismo
Cerrándome la iglesia al tiempo mismo.

XLII.

“A mis plantas pensé mirar abierta
La boca del infierno, y penetrado
De un temblor que explicar mi alma no acierta
Huí la vista del obispo airado.
Al Angel del Señor no vió á la puerta
Del Eden nuestro padre Adan culpado
Tan grande, tan terrible y fulminante
Cuando yo ví al Pontífice brillante.

XLIII.

“Mas el rigor que tanto ahora me aqueja
¡Cuán poco ¡ay! entonces me ha servido!
Luego viene el amigo y me moteja
Del temor por un viejo desvalido.
El tiempo poco á poco de mí aleja
Su memoria y mirándome perdido,
No teniendo ya limite ni freno,
Del antídoto mismo hago veneno.

XLIV.

“La corte que pasó en aquel instante
A Bayes desde Roma, luego acaba
De disipar la idea penetrante.
El grande Emperador allí se hallaba
Cercado del cortejo el mas brillante.
Allí Licinio, allí Severo estaba,
Allí Daya el pastor que hacia poco
Cambió en alto coturno humilde zoco.

XLV.

“Mas el gran Constantino preferia
Al trato de estos príncipes celosos
De su virtud la franca compañía
De Agustín y Gerónimo afectuosos.
Por los dias mas bellos contara
Los que pasára entonces deliciosos,
Si al olvido de Dios jamas pudiera
Juntarse una alegría verdadera.

XLVI.

“La casa de nosotros concurrida
Era el palacio de Aglae, en riqueza
Como en linaje ilustre y distinguida.
Todo allí respiraba lá grandeza,
Y esta dama romana esclarecida
El talento juntaba á la belleza:
De modo que en su casa se tenia
La mas bella y amable compañía.

XLVII.

“Allí Pacomio y Sebastian Guerrero
De la guardia del grande Constantino;
Ginés en los talentos heredero
Del afamado Roscio, actor divino;
Bonifacio de genio placentero;
Gerónimo y el plácido Agustino
Con el Príncipe ilustre se juntaban,
Y mis encantos y placer formaban.

XLVIII.

“Aglae, á pesar de esto, reunia
Cualidades diversas y encontradas:
En medio del desórden se la via
Respetar las reliquias veneradas;
Ginés como gentil la escarnecia:
Mas ella contestaba con fundadas
Razones, y pedia á Bonifacio
La trajese reliquias al palacio (9).